

Agenda Publishing

Título del capítulo: HOGARES

Título del libro: Economía política feminista.

Subtítulo del libro: Una perspectiva global.

Autoras del libro: Sara Cantillon, Odile Mackett y Sara Stevano. Publicado por: Agenda Publishing. (2023).

URL estable: <https://www.jstor.org/stable/jj.6737820.10>

JSTOR es un servicio sin fines de lucro que ayuda a académicos, investigadores y estudiantes a descubrir, utilizar y desarrollar una amplia gama de contenido en un archivo digital confiable. Utilizamos tecnologías de la información y herramientas para aumentar la productividad y facilitar nuevas formas de investigación académica. Para más información sobre JSTOR, contacte con support@jstor.org.

Su uso del archivo JSTOR indica su aceptación de los Términos y condiciones de uso, disponibles en <https://about.jstor.org/terms>



Agenda Publishing está colaborando con JSTOR para digitalizar, preservar y ampliar el acceso a Economía política feminista

5

HOGARES

5.1 Introducción

El hogar es un espacio clave para la reproducción de las desigualdades de género, así como del capitalismo a escala global. Lo que ocurre en el hogar se invisibiliza y despolitiza, pero las feministas han puesto constantemente el foco en los hogares, estudiando tanto su funcionamiento interno como su inserción en la economía y la sociedad en general, especialmente en el mundo contemporáneo globalizado y financiarizado.

Este capítulo analiza qué es el hogar y su relevancia en la economía feminista y la economía política feminista (sección 5.2). Comienza con una revisión de la conceptualización del hogar en la economía convencional —la nueva economía del hogar (NHE) de Gary Becker (sección 5.3)— y, a continuación, analiza la crítica feminista de la NHE (sección 5.4).

Esta crítica condujo a un cambio en la teoría económica, desde modelos unitarios de hogar a modelos colectivos, que experimentaron algunas mejoras, aunque siguieron adoleciendo de importantes limitaciones (sección 5.5). El capítulo analiza las perspectivas feministas de la economía política sobre el hogar, abordando debates clave desde la década de 1970 hasta la financiarización actual (sección 5.6), y la sección 5.7 esboza las dimensiones fundamentales de una conceptualización feminista del hogar.

5.2 Definiciones del hogar y relevancia en la economía y la economía política

El hogar normalmente se define como un lugar físico —la casa o unidad de mantenimiento del hogar— donde una o más personas viven, comparten recursos y toman decisiones sobre una variedad de cuestiones que tienen relevancia económica y social.

El hogar es una unidad de residencia compuesta por una o más personas que residen juntas y comparten recursos vinculados a la reproducción cotidiana de la vida, incluyendo alojamiento y alimentación, así como algunas actividades sociales. Muy a menudo, las personas...

quienes residen juntos (en un hogar) están relacionados por lazos de parentesco y matrimonio y, por lo tanto, también son parte de una familia. (ONU Mujeres 2019: 23)

El hogar, definido como un grupo de personas que se proveen en común de alimento, vivienda y otros bienes esenciales para la vida, es una unidad socioeconómica fundamental en las sociedades humanas. Los hogares son el centro de los procesos demográficos, sociales y económicos. Las decisiones sobre la procreación, la educación, la atención médica, el consumo, la participación en la fuerza laboral, la migración y el ahorro se toman principalmente a nivel del hogar.

(UN 2017: i)

La definición de hogar proporcionada por el informe de la ONU Familias en un mundo en cambio (ONU Mujeres 2019) pone el énfasis en el acto de compartir recursos y la importancia de las relaciones familiares y maritales en la gran mayoría de los hogares en todo el mundo.¹ Las familias y los hogares están relacionados, principalmente porque los miembros del hogar tienden a ser miembros de la familia, pero también son distintos, porque las familias no están completamente contenidas en los hogares. Otra definición, proporcionada por el Departamento de Asuntos Económicos y Sociales de la ONU (ONU 2017: i), enfatiza la centralidad de los hogares para los procesos demográficos, sociales y económicos, así como para las decisiones que se toman en el hogar. A través de las muchas definiciones de hogar que se encuentran en la literatura, hay un énfasis recurrente en la co-residencia, el consumo compartido (en particular el consumo de alimentos) y los ingresos (Beaman y Dillon 2012).

No existe una única forma de hogar. En términos de tamaño promedio, los hogares más pequeños, con dos o tres miembros, son más frecuentes en Europa y América del Norte, mientras que los más grandes, con cinco miembros o más, se observan en África y Oriente Medio (ONU, 2017). En general, el tamaño promedio de los hogares ha disminuido en todo el mundo. El tipo de hogar más común es el estructurado como una familia nuclear, con una pareja e hijos solteros (38 % de los hogares a nivel mundial), seguido de las familias extensas (27 %), las parejas sin hijos (13 %) y los hogares unipersonales (13 %) y monoparentales (8 %) (ONU Mujeres, 2019). Los hogares con personas mayores y niños son más frecuentes en el Sur Global (ONU, 2017).

Los economistas tienden a ver el hogar como una unidad económica en la que las decisiones de asignación en la producción y el consumo se producen (Roberts, 1991). En economía, la atención se centra en estas dinámicas de toma de decisiones, en particular en lo que respecta a la asignación de tiempo a actividades de mercado y no de mercado. La idea del hogar como unidad de actividad económica se remonta a la Teoría de la Economía Campesina de Alexander Chayanov, publicada en 1926 (véase Haddad, Hoddinott y Alderman, 1997). Chayanov analizó la asignación de recursos en el hogar agrícola, una unidad fuera de la economía capitalista porque no depende de

1. Sólo el 2 por ciento de los hogares de 86 países de todo el mundo están formados por miembros que no tienen vínculos familiares (ONU Mujeres 2019).

Trabajo asalariado. Diversas corrientes literarias sobre economía política agraria y economía del desarrollo se inspiraron posteriormente en el enfoque de Chayanov sobre las familias agrícolas y los procesos de toma de decisiones en la producción agrícola.

Entre las décadas de 1960 y 1980, el estudio de la producción no mercantil en el hogar se convirtió en un nuevo eje central de la microeconomía. Economistas estadounidenses, como Theodore W. Schultz, Jacob Mincer y Gary Becker, extendieron el análisis microeconómico al estudio de una gama más amplia de comportamientos humanos, incluyendo el matrimonio y la familia. Becker escribió extensamente sobre la familia y es considerado el fundador de la nueva economía doméstica, por la que recibió el llamado Premio Nobel de Economía en 1992.

La obra de Becker fue tan influyente como criticada. Las economistas y antropólogas feministas fueron pioneras en esta crítica, quienes expusieron las deficiencias teóricas y metodológicas del modelo de hogar unitario de Becker.

El hogar es un lugar de especial preocupación para los economistas feministas y los economistas políticos porque es en el hogar, la ficticia "esfera privada", donde el trabajo reproductivo –realizado con mayor frecuencia por mujeres– se vuelve invisible y se devalúa.

Las feministas se comprometen a visibilizar el trabajo que se realiza en el hogar, así como las desigualdades que en él se arraigan. La economía feminista y la economía política proporcionan perspectivas fundamentales para la teorización del hogar, basadas en investigaciones empíricas sobre las dinámicas domésticas y intrafamiliares. La observación empírica y la investigación etnográfica han sido esenciales para documentar la variación y la complejidad de la composición y la dinámica del hogar, descentrando de forma crucial las ideas occidentales del hogar como familia nuclear. El trabajo antropológico ha sido clave para avanzar en la comprensión del hogar, y las economistas feministas a menudo han tenido en cuenta estas importantes contribuciones, como se analiza en la [sección 5.4](#).

Trabajos recientes en economía política feminista (internacional) han estudiado la vida cotidiana y cómo el trabajo productivo y reproductivo que la constituye forma parte integral del funcionamiento de las economías globales. Así, estas contribuciones sitúan el hogar en la dinámica del capitalismo globalizado y financiarizado, donde se aprecian las dimensiones de género, clase y raza. A partir de trabajos previos en economía política feminista, estos estudios trascienden el hogar como unidad microeconómica y lo consideran una institución central para la economía política de distribución y redistribución a escala global.

Comenzamos con una visión general del enfoque de la economía convencional sobre el hogar, para luego considerar la crítica feminista, que generó una gran cantidad de estudios feministas sobre el hogar, en particular en la economía feminista. Considerando el volumen y la importancia de la economía feminista del hogar, este capítulo le dedica una atención sustancial. No obstante, más adelante en el capítulo, se abordan debates y perspectivas clave de la economía política feminista (internacional) del hogar, ya que ofrecen importantes extensiones y desafíos a esta economía. Se recuerda al lector que existen muchas áreas de superposición entre la economía feminista, la economía política feminista y la economía política internacional feminista, así como distinciones generales.

son inevitablemente reduccionistas; sin embargo, con base en las ubicaciones disciplinarias y los sitios de publicación (por ejemplo, revistas académicas), se puede argumentar que la economía feminista reside en el campo de la economía y la economía política feminista en el de la economía política, que es intrínsecamente más interdisciplinario, y la economía política internacional feminista es parte del pensamiento feminista en las relaciones internacionales (consulte el [Capítulo 1](#) para la caracterización de la economía política feminista).

5.3 La nueva economía doméstica

La teoría económica estándar tenía —y, en cierta medida, sigue teniendo— un problema con el hogar, ya que este es una unidad colectiva por definición y, como tal, escapa al principio del individualismo metodológico. Este último es fundamental en la teoría económica estándar y sustenta su principal preocupación por los individuos o unidades individuales, como la empresa. **Postula que, para comprender la economía, es necesario analizar las unidades que la constituyen. Sin embargo, el problema económico con el hogar reside en la transición de las preferencias individuales de cada miembro a una función de utilidad doméstica.² ¿Cómo pueden las diferentes preferencias individuales condensarse en una única función de utilidad?**

La obra de Becker abordó esta cuestión. No cuestiona el principio del individualismo metodológico ni otros supuestos que sustentan la teoría económica estándar; más bien, integra el hogar dentro de sus límites. Los objetivos de Becker se exponen claramente al comienzo de *Tratado sobre la Familia*, su volumen más completo sobre la economía del hogar: «Este volumen utiliza los supuestos de maximización del comportamiento, preferencias estables y equilibrio en mercados implícitos o explícitos para proporcionar un análisis sistemático de la familia» (Becker, 1981a: ix). Los miembros del hogar se conceptualizan como agentes racionales que maximizan la función de utilidad del hogar dada la restricción presupuestaria del hogar. En otras palabras, los miembros del hogar actúan racionalmente según sus preferencias, buscando optimizar dentro de los parámetros establecidos por los ingresos y el tiempo disponibles.

La teoría de Becker conceptualiza el hogar como productor y consumidor, y combina esta conceptualización con un análisis del tiempo como recurso escaso que, al igual que los ingresos familiares, afecta los intentos de maximizar la utilidad. En consonancia con la teoría unitaria, Becker ignora la cuestión de las utilidades en competencia y concibe una función de utilidad unifamiliar. Becker conceptualiza un marco triple para la maximización de esta utilidad, ya que «los hogares optimizan no solo la elección de bienes de consumo y la oferta de mano de obra al mercado, sino también la asignación de tiempo y recursos a la producción doméstica» (Folbre, 1986: 11). Bergstrom (1997: 22) ha argumentado que esto

2. Para quienes no están familiarizados con la jerga económica, las “preferencias individuales” se refieren a la clasificación de lo que prefiere un individuo y la “función de utilidad” es una representación de dicha clasificación, si las preferencias satisfacen ciertas condiciones matemáticas.

representa una “fuente fructífera de conocimiento sobre el funcionamiento de las familias” y, de hecho, en 1992, Becker recibió el Premio Nobel de Economía “por haber extendido el dominio del análisis microeconómico a una amplia gama de comportamientos e interacciones humanas, incluido el comportamiento no mercantil” (Organización del Premio Nobel, 1992).

El hogar se considera una pequeña empresa que produce bienes y servicios de mercado y no de mercado para beneficio del hogar y de la economía en general. El trabajo asalariado (es decir, los trabajadores) es el bien de mercado producido por el hogar; el trabajo asalariado genera un ingreso que, a su vez, puede usarse para comprar bienes y servicios para el hogar. Los servicios no de mercado incluyen las tareas domésticas, como la limpieza, la cocina, las compras y el cuidado de los miembros del hogar jóvenes, ancianos y enfermos. El insumo principal para la producción del hogar es el tiempo de los miembros del hogar, lo que explica el interés principal de NHE en la asignación del tiempo. El valor de la producción del hogar puede medirse en términos del valor de mercado de los bienes que produce el hogar (es decir, el salario pagado a los trabajadores) y en términos del costo de oportunidad del tiempo de los miembros del hogar en actividades de mercado (es decir, el costo de reducir la cantidad de tiempo dedicado al empleo).

Mincer (1962) reconoció tempranamente que las decisiones sobre la oferta laboral —es decir, si buscar empleo en el mercado laboral— se toman en casa, y que el tiempo que no se dedica a la fuerza laboral no es solo ocio, sino también tiempo dedicado a la producción doméstica, el cuidado y la educación. Por lo tanto, las personas no solo eligen cómo distribuir su tiempo entre el empleo y el ocio, sino que la necesidad de realizar las tareas domésticas y el cuidado determina el valor del tiempo, así como el salario de reserva, que es el salario mínimo al que un trabajador está dispuesto a aceptar un empleo.

La nueva economía doméstica establece una relación entre las actividades de mercado y las no mercantiles, o el mercado laboral y el hogar, centrada en las decisiones sobre el uso del tiempo. Para explicar la asignación del tiempo, esta rama de la economía recurre a los conceptos de ventaja comparativa, coste de oportunidad y altruismo, así como a una justificación biológica de la división del trabajo por género observada. Como explicaremos más adelante, toda esta arquitectura resulta problemática desde una perspectiva feminista por diversas razones, entre ellas la incapacidad de captar las causas profundas de la desventaja y la explotación de género. Pero, primero, analicemos la arquitectura de la economía familiar de Becker.

¿Cómo se aplica el concepto de ventaja comparativa en el contexto del hogar?

En esencia, el miembro del hogar con ventaja comparativa en la prestación de cuidados, por ejemplo, es quien enfrenta el menor costo de oportunidad por brindarlos, en términos de producción no percibida. En otras palabras, esta persona tendría acceso a empleos mal remunerados en el mercado laboral, por lo que tiene sentido que este miembro del hogar, generalmente una mujer, se especialice en actividades de cuidado no remuneradas. Cuanto más se especializa una persona en una actividad específica, más se perfecciona en ella. En términos económicos, la ventaja comparativa impulsa la especialización y, a su vez, esta genera rendimientos crecientes.

3. Nótese que el lenguaje utilizado es el de “actividad” en lugar de “trabajo”, ya que, en la nueva economía doméstica, empezamos a ver una relación entre actividades de mercado y no mercado, pero no hay una conceptualización de las actividades de producción del hogar como constitutivas de “trabajo”.

de esa actividad. Esto refuerza la división del trabajo, pero aún no nos dice por qué vemos una división del trabajo por género.

Becker sugiere que la especialización en actividades específicas es una manifestación de inversiones racionales en capital humano, siendo «capital humano» cualquier característica de una persona que requiere tiempo o dinero para adquirir y que puede aumentar su productividad posteriormente. Estas inversiones racionales en capital humano están determinadas y contribuyen a reforzar las diferencias biológicas entre mujeres y hombres.

Las diferencias biológicas en la ventaja comparativa entre los sexos explican no solo por qué los hogares suelen estar compuestos por ambos sexos, sino también por qué las mujeres suelen dedicar su tiempo a la gestación y crianza de los hijos y a otras actividades domésticas, mientras que los hombres lo dedican a las actividades comerciales. Esta división sexual del trabajo se ha observado en prácticamente todas las sociedades humanas y en la mayoría de las demás especies biológicas que fecundan los óvulos dentro del cuerpo de la hembra.

(Becker 1981a: 39)

Becker considera que las capacidades reproductivas del cuerpo femenino explican fundamentalmente la división sexual del trabajo en el hogar, en la que las mujeres se especializan en actividades domésticas y los hombres en el trabajo de mercado, lo que también representa una asignación racional de recursos que maximiza el bienestar de la familia.

El bienestar familiar se refleja en la función de utilidad del hogar, que es una función de utilidad única para el hogar. Por ello, el modelo de hogar de Becker se denomina «unitario». Los miembros del hogar maximizan la función de utilidad del hogar bajo la restricción presupuestaria del hogar, que incluye tanto el tiempo como los ingresos,⁴ la suma de los ingresos de los miembros del hogar. Esta es la hipótesis de mancomunidad de ingresos, que postula que los miembros del hogar mancomunan sus ingresos.

Tenemos una restricción presupuestaria familiar, pero ¿cómo tratamos las preferencias individuales? Becker adopta la idea del "cabeza de familia altruista": alguien con preferencias interdependientes, cuya utilidad depende no solo de su consumo, sino también del de los demás miembros del hogar. El punto de equilibrio cambia, y el individuo altruista realiza una transferencia a su cónyuge para aumentar su consumo. Un ejemplo de altruismo en el hogar lo constituye el esposo que se abstiene de aceptar un trabajo mejor remunerado en otro lugar porque los ingresos de su esposa serían menores en el nuevo.

El benefactor altruista actúa en beneficio de la familia debido a preferencias interdependientes, pero ¿qué hacen los demás? Los hijos y las esposas corruptos siguen siendo egoístas, pero se ven obligados a actuar en beneficio del bienestar familiar, como postula Becker en su obra "Corrupted".

4. Becker supone que se puede intercambiar tiempo por dinero, para permitir solo una restricción presupuestaria que tenga en cuenta tanto por tiempo como por ingresos.

Teorema de los niños: Dado que un beneficiario egoísta desea maximizar los ingresos familiares, la 'mano invisible' del interés propio lo lleva a actuar como si fuera altruista con su benefactor. Dicho de otro modo, el escaso recurso 'amor' se utiliza económicamente porque el suficiente cuidado por parte de un altruista induce incluso a un beneficiario egoísta a actuar como si se preocupara por su benefactor tanto como por sí mismo (Becker, 1981b: 5). El conflicto de intereses no implica un conflicto de acción entre los miembros del hogar, y la idea de que los seres humanos actúan de forma egoísta se basa en la observación de los mercados por parte de los economistas más que en la de las familias. Por lo tanto, la nueva economía doméstica ofrece un hogar unitario y cooperativo basado en el altruismo de un miembro del hogar.

5.4 Crítica feminista de los modelos unitarios del hogar

La crítica feminista a la nueva economía doméstica se basa en las deficiencias teóricas que sustentan la conceptualización del hogar, así como en la investigación primaria de antropólogos y académicos feministas que muestra que las configuraciones del hogar se desvían significativamente del modelo de la ENH. Como se mencionó en la sección 5.2, las economistas feministas tienen un interés histórico en el hogar porque es el lugar del trabajo (reproductivo), oculto a la visión económica de los economistas.

El principal problema conceptual para las economistas feministas es la teorización del hogar como una unidad armoniosa gobernada por el cabeza de familia (a menudo un hombre), el altruismo y la benevolencia. En esta teoría, toda desigualdad en la asignación de recursos entre los miembros del hogar se deriva de decisiones voluntarias tomadas por ellos mismos (Kabeer, 1994). Si, en cambio, observamos las relaciones de poder que se dan en el hogar, en particular en términos de dinámicas de género y edad, se hace evidente que el hogar es un lugar donde pueden surgir conflictos y arraigarse las desigualdades. Cualquier conceptualización que oculte estas dinámicas de poder no es satisfactoria, ya que no permite captar la desigualdad de género en el hogar. Las desigualdades de género que se reproducen en el hogar son vastas y afectan a la mayoría de los ámbitos de la vida, como la educación, la autonomía financiera y la salud, e incluso abarcan la mortalidad infantil. La desigualdad intrafamiliar se analiza en el siguiente capítulo.

Nancy Folbre, una de las primeras economistas feministas en reflexionar sobre la conceptualización del hogar, está en desacuerdo tanto con la NHE como con la economía política marxista:

¿Por qué tanto el paradigma neoclásico como el marxista guardan tanto silencio sobre la desigualdad en el hogar? Su convergencia resulta irónica: por un lado, tenemos un paradigma, en gran medida indiferente a las cuestiones de conflicto, que ofrece una teoría bien desarrollada de la producción no mercantil. Por otro lado, tenemos un paradigma con una teoría bien desarrollada del conflicto que, en gran medida, no se preocupa por la producción no mercantil. (Folbre 1986: 247)

Folbre expresa la insatisfacción de las economistas feministas con la economía neoclásica y la economía política marxista por no considerar la desigualdad dentro del hogar, y posiciona la economía feminista como la rama de la economía que puede llenar este importante vacío.⁵ La economía neoclásica no tiene una teoría del poder y el conflicto, y por lo tanto, aunque se ocupa del estudio del hogar, no puede dar cabida a la desigualdad de género en el hogar. En cambio, la tradición marxista se preocupa mucho por la dinámica del conflicto en la economía, pero se centra abrumadoramente en la clase y los lugares de producción (por ejemplo, las fábricas), a expensas del género y los lugares de reproducción (por ejemplo, los hogares). Además, con referencia específica a la NHE, Folbre señala la inconsistencia conceptual del hogar altruista en un mundo por lo demás egoísta: no está claro cómo los individuos desinteresados en la familia se convierten en individuos egoístas en el mercado.

Folbre presenta dos argumentos importantes sobre el hogar. En primer lugar, la familia es un espacio donde se dan dinámicas de conflicto y reciprocidad, lo cual desafía las ortodoxias económicas familiares. En segundo lugar, es necesario reconocer las relaciones patriarcales que operan en la familia y cómo estas se ven moldeadas por los procesos de transformación económica. Por ejemplo, la expansión de las oportunidades de empleo tanto para mujeres como para hombres puede debilitar el control patriarcal sobre las mujeres y las generaciones más jóvenes, a la vez que proporciona a los empleadores acceso a mano de obra femenina barata. Las relaciones patriarcales se reconfiguran en la familia y en la economía en general.

En su libro seminal *Realidades Invertidas: Jerarquías de Género en el Pensamiento del Desarrollo*, Naila Kabeer (1994) dedica un capítulo al hogar. Un argumento importante en el capítulo es que la ENH asume la sustituibilidad sin fricción del trabajo, lo que significa que, si los salarios de las mujeres aumentan, esperamos ver un aumento en el número de mujeres que se unen a la fuerza laboral. El trabajo familiar es un factor de producción perfectamente sustituible porque el tiempo puede intercambiarse por dinero. Sin embargo, esto dista mucho de proporcionar una descripción útil de la división del trabajo entre los miembros del hogar, porque no considera que el trabajo familiar se diferencia por género, edad y estatus. Esta diferenciación impide la movilidad del trabajo entre varios tipos de trabajo, con una rigidez clave observada empíricamente: cuando las mujeres dedican más tiempo al trabajo asalariado, los hombres no asumen más trabajo doméstico y de cuidado en el hogar.

La distinción de Becker entre lo público y lo privado está en la raíz de la devaluación del trabajo doméstico, realizado mayoritariamente por mujeres. Becker diferencia estrictamente entre un lugar de trabajo público, donde se generan ingresos, y un hogar privatizado, donde el consumo, el ocio y la producción doméstica se confunden como ingresos "perdidos" o "perdidos" (Becker, 1965). Por lo tanto, la teoría de Becker contiene una devaluación implícita del trabajo realizado en la esfera privatizada de la familia: a menos que el trabajo doméstico implique la reproducción de trabajadores para el mercado o el consumo de bienes de mercado,

5. La posición de Folbre como un punto intermedio entre las tradiciones neoclásica y marxista en economía no es compartida por todas las economistas feministas: algunas se acercan más a la tradición neoclásica y otras se basan en el trabajo de Marx.

Se construye necesariamente como tiempo libre. Esta dicotomización del trabajo de producción y el tiempo libre invisibiliza y devalúa el trabajo de cuidados y el trabajo amoroso que se realiza en el hogar, y contribuye aún más a la subordinación cultural, política y material de las mujeres, quienes tradicionalmente realizan la mayor parte de este trabajo (Feinman, 2004; Cantillon y Lynch, 2017).

Otra suposición errónea de la NHE es que los miembros del hogar agrupan sus ingresos para el presupuesto familiar. Claramente, las suposiciones son simplificaciones de la realidad, por lo que no esperamos que la realidad se ajuste completamente a ellas, pero el problema surge cuando las suposiciones invalidan las perspectivas de la teoría. Este es el caso de la hipótesis de la mancomunación de ingresos, ya que, cuando los cónyuges mantienen el control individual de sus ingresos, esto lleva a decisiones sobre la asignación de trabajo y tiempo que no necesariamente maximizan el bienestar de todo el hogar. Por ejemplo, Fapohunda (1988) descubre que, entre el pueblo yoruba de África occidental, la mayoría de las parejas casadas no practican ninguna forma de mancomunación. Además, muchos cónyuges afirmaron que ignoraban el comportamiento de ingresos y gastos de su pareja. Fapohunda también sugiere que la no mancomunación de ingresos también puede ser económicamente racional: la independencia financiera de las mujeres les permite invertir en las relaciones familiares extensas y las redes sociales, a través de las cuales pueden mejorar su posición negociadora dentro del hogar. Los resultados de varios estudios realizados en diferentes países africanos (Hoddinott y Haddad, 1995; Posel, 2001; Fisher, Chaudhury y McCusker, 2010) muestran prácticas mixtas de puesta en común de ingresos, desde la no puesta en común hasta la puesta en común parcial de los mismos.

Queen. El trabajo feminista y antropológico que observa las relaciones familiares y las modalidades de convivencia en diversos contextos del mundo ha sido fundamental para desacreditar la idea occidental del hogar, plasmada en la nueva economía doméstica. La NHE describe el hogar como una familia nuclear, estructurada en torno al matrimonio heterosexual, con un cabeza de familia altruista (varón). Sin embargo, si bien la familia nuclear es el tipo de hogar más común y hacia el cual parecen estar evolucionando las modalidades familiares, los hogares de familia extensa siguen siendo muy frecuentes, y otras formas de hogar también representan la realidad de muchas personas en todo el mundo. Las familias no tradicionales se vuelven invisibles, con consecuencias debilitantes para las familias encabezadas por padres solteros, parejas del mismo sexo o uniones no sexuales, quienes pueden ser posteriormente excluidos o tergiversados en diversas iniciativas políticas (Bergmann, 1995). Además, muchas de las teorías unitarias presuponen, y respaldan implícitamente, la existencia de una relación totalmente desigual dentro de la familia, en la que la mujer sumisa se somete a las exigencias y el control del hombre cabeza de familia, autoritario y racional. Este modelo económico se relaciona simbióticamente con las construcciones culturales de la feminidad en el mundo occidental, donde las relaciones de poder, basadas en la yuxtaposición dicotómica del hombre racional y activo con la mujer pasiva e irracional, se naturalizan y refuerzan aún más mediante su propagación en la teoría económica «racional».

ESTUDIO DE CASO 5.1 HOGARES INTERDEPENDIENTES Y GLOBALES

La concepción de los hogares como unidades económicas autónomas o instituciones con límites claramente definidos oscurece la existencia y la importancia de las relaciones entre los hogares, esenciales para su propia supervivencia y reproducción. Las siguientes viñetas ilustran la importancia de las relaciones extradomésticas en diversos contextos, mostrando la interdependencia y, en ocasiones, la globalidad de los hogares.

Un estudio publicado por ONU Mujeres (2019) destaca la necesidad de apoyo estatal para el cuidado infantil entre las madres solteras que viven en condiciones precarias en Nairobi, Kenia. Un gran porcentaje de las madres solteras que viven en asentamientos urbanos informales son migrantes internas que viven lejos de sus abuelos y familiares. La falta de apoyo de los familiares, sumada a las altas tasas de desempleo, el acceso limitado a alimentos y alojamiento, y los peligros derivados de la violencia, los accidentes y las malas condiciones sanitarias, plantean graves desafíos a las madres solteras. De hecho, al investigar a unas 500 madres solteras en barrios marginales de Nairobi, el estudio informa que una de cada cinco no recibe apoyo para el cuidado infantil ni asistencia financiera de ningún miembro de su familia. Cuando reciben apoyo, algunos familiares parecen desempeñar un papel importante. Un tercio de las abuelas ofrecen tanto ayuda financiera como cuidado infantil. Cabe destacar que alrededor del 45 % de las madres reciben apoyo para el cuidado infantil de las abuelas maternas, mientras que una proporción mayor (63 %) depende considerablemente de sus hermanas mayores. Los niveles extraordinariamente altos de cuidado que brindan las hermanas mayores pueden dificultar su asistencia a la escuela y el disfrute del tiempo libre. En marcado contraste, solo el 5% de los padres, y ningún familiar paterno, ofrece cuidado infantil. En este contexto, son esenciales las opciones de guardería asequibles y seguras, así como los programas de creación de empleo dirigidos a las madres solteras.

En economías de altos ingresos, Wheelock, Oughton y Baines (2003) explican cómo los cambios socioeconómicos han conllevado nuevas relaciones en los hogares. La creciente necesidad de que más de un miembro del hogar participe en el mercado laboral, en lugar de depender de un solo salario familiar, junto con la creciente dependencia del trabajo por cuenta propia y las pequeñas empresas, han contribuido a la necesidad generalizada de cuidado infantil complementario. Basándose en una investigación empírica original sobre hogares del Reino Unido, el documento revela que los abuelos son los proveedores de cuidado infantil más importantes, a veces renunciando a su trabajo remunerado para cuidar a sus nietos. De hecho, el 52 por ciento de la muestra parental recibe apoyo para el cuidado infantil de los abuelos regularmente. Estos hallazgos resaltan los límites de la conceptualización de los responsables políticos y los economistas del hogar como una institución con límites fijos definidos en términos de co-residencia. Los autores instan al reconocimiento del cuidado intergeneracional para desarrollar políticas sociales que mejoren el bienestar.

La crisis mundial de la COVID-19 y la respuesta de "quedarse en casa" adoptada por la mayoría de los gobiernos expusieron la dependencia de las economías formales del trabajo de cuidado invisible y no remunerado y destacaron el apoyo intergeneracional clave de los abuelos y su contribución a la sociedad. Cantillon, Moore y Teasdale (2021) compararon la situación en el Reino Unido y Sudáfrica, examinando la universalidad de la interdependencia intergeneracional, la especificidad contextual del cuidado infantil y la provisión de ingresos por parte de los abuelos y la diferencia

Impactos de suspender o arriesgar dichos apoyos durante la pandemia. Encuentran que, en el Reino Unido, el aislamiento de las personas mayores suspendió temporalmente el cuidado infantil informal que los abuelos brindan crucialmente. Por el contrario, en Sudáfrica, los abuelos como parte de hogares multigeneracionales siguen siendo cuidadores infantiles clave, tanto en ausencia como en presencia de los padres, específicamente cuando los padres son trabajadores esenciales y se les permite continuar trabajando. Los abuelos en tales casos están desempeñando un papel esencial y activo en ayudar a apoyar el cuidado durante la pandemia. Sus ingresos a través del Subsidio Estatal para la Vejez también están resultando cruciales para pagar la comida y las facturas del hogar, especialmente cuando los miembros de la familia están perdiendo sus trabajos. **En ambos países, los abuelos, especialmente las abuelas, dentro y entre los hogares hacen contribuciones sustanciales a la vida económica, social y afectiva.**

Si bien algunos hogares son interdependientes dentro de un país, algunas relaciones extradomésticas pueden extenderse a través de las fronteras nacionales y crear interconexiones globales. En el contexto de la globalización y el aumento de la migración, las relaciones domésticas transnacionales pueden ser frecuentes y significativas. Para comprender las relaciones transnacionales dentro de las familias, se puede utilizar el concepto de «hogar global»:

Un hogar global se define como el conjunto de las personas que migran, más las personas nacidas o incorporadas al hogar inmigrante (por ejemplo, mediante matrimonio o cohabitación), más las personas que se quedan atrás, incluyendo a los recién llegados al hogar del país de origen. Cada hogar global, por lo tanto, puede estar compuesto por múltiples unidades de vivienda tanto en el país de acogida como en el de origen. Lo que une a estos hogares y los hace descriptibles como una sola entidad a pesar de su dispersión geográfica son los vínculos de interdependencia económica y emocional, así como las estructuras de toma de decisiones (Sobhy-Graham 2010: 107)

El hogar global es relevante en el contexto de las cadenas globales de cuidados (véase el Capítulo 2) y la creciente importancia de las remesas como fuente de ingresos familiares. El hogar global es una institución importante para las relaciones económicas y sociales a nivel doméstico, las cuales influyen en la dinámica global del apoyo a los ingresos, la prestación de cuidados y la producción doméstica.

Es importante destacar que los hogares no son unidades autónomas, ya que existen intercambios y relaciones significativos que los vinculan. Estas transferencias son cruciales en los análisis económicos porque ilustran patrones de distribución de recursos y cómo las relaciones de poder configuran estas asignaciones (es decir, quién obtiene qué). Entre las diversas formas de organizar los arreglos de vida y la distribución de recursos, es común tanto en el Sur como en el Norte Global que las prácticas de consumo, producción y reproducción trasciendan el hogar como el conjunto de personas que viven en una unidad doméstica determinada (Wheelock,

Oughton y Baines, 2003; Randall y Coast, 2015; y véase el caso práctico 2.1). Por lo tanto, si bien la imposición del estereotipo de la familia nuclear es posiblemente más inadecuada para las configuraciones de hogares múltiples en diversos contextos del Sur Global, la literatura deja claro que la familia nuclear también es una camisa de fuerza para muchos hogares en países del Norte Global (Wheelock, Oughton y Baines, 2003; Zaloom, 2019).

Guyer y Peters (1987: 208) nos enseñan que la primera pregunta que un investigador debe hacer sobre el hogar no es "¿Dónde está el hogar en este contexto?" sino "¿Cuáles son las

unidades significativas de producción, consumo e inversión en esta región/grupo/

¿Personas?" y "¿Cuáles son los principales flujos y transferencias de recursos entre individuos y unidades?"; en otras palabras, "¿Qué es el hogar en este contexto?". Estas consideraciones tienen implicaciones importantes para la forma en que se recopilan los datos de los hogares y se implementan las políticas dirigidas a ellos, lo cual se analizará en el siguiente capítulo.

5.5 Modelos colectivos del hogar y sus limitaciones

El amplio cuerpo de críticas teóricas y empíricas a la conceptualización unitaria del hogar condujo a un cambio hacia modelos de hogar colectivo, que permiten la posibilidad de cooperación o conflicto dentro del hogar mediante la negociación. Estos enfoques se centran en la individualidad de los miembros del hogar y abordan explícitamente la cuestión de si las preferencias individuales conducen a una elección colectiva, y de cómo lo hacen; por lo tanto, se mantienen firmemente dentro del paradigma económico neoclásico (Hart 1997: 15). Parten del supuesto de que las personas forman un hogar porque los beneficios de hacerlo superan los de permanecer solas. Esta situación podría darse debido a la existencia de economías de escala asociadas a la producción de ciertos bienes del hogar, o porque existen bienes que pueden ser producidos y compartidos por parejas casadas o en convivencia, pero no por individuos solteros. En cualquier caso, la idea es que la formación de un hogar genera un excedente que puede distribuirse entre sus miembros. Gran parte de esto es común a los modelos unitarios; el punto de partida proviene de la regla que rige esta distribución. Las prácticas de asignación y compartición de recursos están ampliamente informadas por la teoría de juegos y pueden implicar cooperación entre los miembros del hogar o conflicto (Manser y Brown 1980).

Los modelos colectivos del hogar se clasifican, a grandes rasgos, en modelos cooperativos y no cooperativos. Los primeros flexibilizan el supuesto de preferencias comunes (es decir, una única función de utilidad para el hogar), a la vez que mantienen la mancomunación de ingresos y la optimización de Pareto en la asignación de recursos; por lo tanto, no pueden explicar resultados ineficientes (Johnston y Le Roux, 2007). Los segundos (modelos no cooperativos) debilitan los supuestos de mancomunación de ingresos y la optimización de Pareto. Los modelos no cooperativos permiten no solo diferentes preferencias individuales, sino también decisiones individuales sobre las actividades de producción.

y la asimetría de información entre los miembros del hogar (Agarwal , 1997). El poder de negociación de cada miembro se define en términos de posiciones de respaldo, que reflejan su situación si la cooperación fracasa (Agarwal, 1997; Hart , 1997). Si la posición de respaldo de una persona mejora, esta gozará de un mayor poder de negociación dentro del hogar (Agarwal, 1997).

En modelos no cooperativos, el divorcio puede plantearse como el punto de amenaza. Muchos teóricos han cuestionado la viabilidad y la aplicabilidad en la vida real del divorcio como punto de amenaza, argumentando que es improbable sugerir que una pareja considerará el divorcio cada vez que tiene un desacuerdo (Woolley 1988; Phipps y Burton 1995). En cambio, estos y otros teóricos han defendido el uso del equilibrio de Nash,⁶ que se basa en la idea de una solución de negociación no cooperativa en la que una división del trabajo basada en roles de género socialmente reconocidos, en lugar del divorcio, funciona como el punto de amenaza del matrimonio (Lundberg y Pollak 1993). En este modelo, existe un equilibrio cuando ambas partes se adhieren a una división del trabajo no negociada según lo ordenado por los roles de género tradicionales. Según Mattila-Wiro (1999: 27), este "equilibrio de contribución voluntaria actúa como un punto de amenaza a partir del cual evoluciona la negociación"; En otras palabras, se presume que es más beneficioso para ambos socios mantener la división implícita del trabajo específica de género que entrar en costosos procesos de negociación que dejarían a ambas partes en peor situación que si hubieran permanecido con la estructura original.

Estos modelos se denominan "no cooperativos" porque la división del trabajo no se negocia ni se acuerda mutuamente. En cambio, cada cónyuge opera desde su propia esfera económica y responde a las decisiones del otro modificando su propio nivel de contribución voluntaria a los bienes del hogar (Alderman et al., 1995). El matrimonio se mantiene unido gracias a la utilidad que se obtiene mediante la producción y el consumo compartidos de bienes públicos, algo que no podría lograrse al mismo nivel por dos individuos que optimizaran de forma independiente. El equilibrio no cooperativo de Nash se establece de modo que los recursos se dividan dentro del hogar de tal manera que los diferentes miembros puedan mantenerlos.

La ventaja en diferentes circunstancias. El bienestar de cada individuo está determinado por el nivel de recursos individuales y el grado de influencia que estos recursos, junto con la amenaza de negarse a cooperar, producirán. El bienestar individual no se ve tan afectado por la amenaza del divorcio, que es inviable en cualquier caso, como por la amenaza de un comportamiento no cooperativo, que impide a cada miembro alcanzar la máxima utilidad mediante el consumo de bienes públicos (Bergstrom, 1997).

El modelo de negociación no cooperativa también ofrece una manera de explicar el hallazgo, ampliamente repetido, de que la redistribución del ingreso familiar hacia la mujer tiene un fuerte efecto positivo en el bienestar infantil dentro de la familia, lo cual se analiza en el siguiente capítulo.

6. El equilibrio de Nash es un estado estable en el que ningún participante en el juego (es decir, la toma de decisiones del hogar, en este caso) puede obtener ganancias mediante un cambio en sus propias estrategias si las estrategias de todos los demás miembros del hogar permanecen inalteradas.

Este hallazgo contradice la hipótesis de mancomunidad de ingresos de los modelos unitarios, que sostiene que todos los recursos del hogar se distribuyen equitativamente para maximizar su utilidad. A diferencia de los modelos unitarios, que se basan en una única función de utilidad, el modelo de equilibrio no cooperativo de Nash postula que algunos recursos se mantienen individualmente, y que los hogares tienen economías internas de género (Mattila-Wiro, 1999).

Aunque la idea del hogar como un lugar de negociación a través de la cooperación y/ Aunque las economistas feministas generalmente comparten la opinión sobre el conflicto, muchas aún se preocupan por la formulación economicista de los modelos de negociación colectiva (Hart, 1997). Existe cierto debate sobre si los modelos colectivos constituyen una alternativa definitiva a la Modelos unitarios en términos de procesos (toma de decisiones) y resultados (utilidad). Por un lado, se argumenta que los modelos colectivos se centran en la individualidad de los miembros del hogar, en lugar de en la toma de decisiones conjunta o en una sola función de utilidad. Por otro lado, se argumenta que los modelos colectivos no pueden conceptualizar múltiples funciones de utilidad y se diferencian de los modelos unitarios únicamente en su capacidad para prever procesos de toma de decisiones conjunta (Mattila-Wiro, 1999).

Aunque los modelos colectivos son más sensibles que los modelos unitarios a las diferencias de interés y poder (al menos en términos de procesos intrafamiliares, si no de resultados intrafamiliares), la comprensión de las relaciones diferenciales de poder incorporadas en los modelos colectivos es necesariamente débil, ya que se basan en interacciones puramente individuales y no en fuerzas culturales, sociales o políticas más amplias. Incluso cuando estos modelos permiten que diversos factores —internos y externos al hogar— moldeen el poder de negociación individual, permanecen enredados en el marco del individualismo metodológico (Ruwanpura, 2007). Se basan en las posiciones de negociación individuales y la psicología de los actores, en lugar de en desigualdades institucionalizadas, estructurales y a menudo sancionadas culturalmente, para explicar lo que construyen como un diferencial de poder aislado.

Además, Ruwanpura (2007) argumenta que estos modelos se basan en el hogar patriarcal, ya que no brindan información útil para comprender la dinámica del hogar en diferentes formaciones domésticas, como los hogares encabezados por mujeres. Al igual que los modelos unitarios anteriores del hogar, los modelos colectivos contribuyen a la normalización de la heterosexualidad en los espacios domésticos (Bergeron 2010). El lenguaje en la literatura sobre modelos colectivos, incluida la feminista, a menudo utiliza términos indistintamente como "hogar", "familia", "pareja casada" y "marido y mujer", como si un hogar siempre se construyera en torno a una pareja heterosexual, de una forma u otra. Como tal, las implicaciones de género para los hogares como categoría o grupo general, cuando el análisis se basa en una comprensión heteronormativa del hogar, probablemente no sean adecuadas para los hogares encabezados por mujeres, gays, lesbianas y queer. De hecho, según Bergeron, el desvío va aún más lejos, ya que la pareja heterosexual se postula como la norma de la que se desvían otros arreglos domésticos. Las ramificaciones pueden ser muy diversas: una clave es la visión del trabajo remunerado como liberador para las mujeres, acompañada de la preocupación por la doble carga que enfrentan. Sin embargo, si no hay un hombre en el hogar que

puede tomar el relevo cuando una mujer entra al mercado laboral, entonces es claro que el análisis general de las negociaciones de los roles de género en el hogar y la participación en el trabajo remunerado como una forma de empoderamiento de las mujeres se pone en tela de juicio.

Estas fallas son significativas y han mantenido a muchas feministas alejadas de los modelos colectivos de hogares. A pesar de sus limitaciones, estos modelos han sido útiles para llamar la atención sobre la importancia de la dimensión de poder en la dinámica del comportamiento intrafamiliar, en particular entre los economistas que utilizan modelos. Sin embargo, para lograr una mayor complejidad en los análisis de la dinámica de los hogares y dentro de los hogares, Kabeer (1994) sugiere que se deben superar algunas dicotomías incorporadas en los modelos económicos para mejorar nuestra comprensión de qué son los hogares y cómo funcionan. Primero, el individualismo metodológico no debe llevar a la exclusión de las metodologías relacionadas con las estructuras sociales. Segundo, se debe abandonar la separación entre lo económico y lo cultural. Tercero, se debe superar la dicotomía entre el análisis cuantitativo y el cualitativo. En otras palabras, los métodos y análisis que permiten mayores niveles de complejidad y variación deben guiar nuestra comprensión de las prácticas domésticas.

5.6 Los hogares en la economía política feminista y el capitalismo global

El hogar no es sólo una unidad que importa para las prácticas microeconómicas de consumo y asignación de tiempo y trabajo; es también una institución inserta en el sistema económico más amplio que, en la actualidad, es el sistema capitalista financiarizado global.

En la economía política feminista (internacional), los hogares son instituciones que operan en la economía capitalista global y, como tales, se ven influenciados por los procesos globales de cambio y contribuyen a ellos. Si bien las economistas feministas se han centrado principalmente en descubrir el funcionamiento interno de los hogares, en la economía política feminista estos se analizan a través de sus relaciones externas con las economías y las sociedades.

La primera lección de la economía política feminista es que no sólo debemos considerar el nivel del hogar y dentro de él, sino también tener en cuenta cómo los hogares son esenciales para el funcionamiento de la economía global se ve afectado por el trabajo físico y emocional no remunerado que se realiza en el hogar. Los hogares quedan en gran medida fuera de la frontera de la producción (Waring, 1988), por lo que el trabajo y las diversas actividades que se realizan en el hogar se han invisibilizado y devaluado. Como han señalado desde hace tiempo las feministas, el cálculo del producto interior bruto (PIB), indicador clave de la actividad económica, no incluye los servicios domésticos no remunerados. ¿Qué son estos servicios? Incluyen diversas formas de trabajo doméstico, como la limpieza, la adquisición de alimentos, la cocina y el cuidado, que se realizan de forma no remunerada en el hogar y son realizadas mayoritariamente por mujeres y niños (Kes y Swaminathan, 2006). A pesar de los intentos de mejorar la forma en que se compilan las estadísticas del PIB a lo largo del tiempo, como la inclusión de los servicios financieros y el trabajo informal, los servicios domésticos no remunerados siguen excluyéndose. Según DeRock (2019), la razón

No es un problema técnico, sino político: es atribuible al sesgo institucional inherente a la práctica de los estadísticos que estiman los datos del PIB. Por lo tanto, el rechazo conceptual del trabajo doméstico y de cuidados no remunerados como formas esenciales de trabajo con valor económico sigue influyendo en nuestra medición de la economía actual.

En la década de 1970, el debate sobre el trabajo doméstico puso el foco en el trabajo que se realiza en el hogar. En el panfleto político «El poder de las mujeres y la subversión de la comunidad», Mariarosa Dalla Costa y Selma James (1975) argumentan que, contrariamente a la teoría de Marx sobre el valor creado a través de la relación salarial, el trabajo reproductivo es esencial para la producción y, por lo tanto, en sí mismo es portador de valor. El argumento es tanto conceptual —cuestiona y amplía la teoría del valor de Marx— como político —el hogar es un escenario de lucha de clases—. Véase el capítulo 3 sobre reproducción social para un análisis completo del debate sobre el trabajo doméstico.

Desde una perspectiva histórica, las economistas políticas feministas han documentado la subordinación de las mujeres a los procesos globales de acumulación capitalista. Maria Mies (1986) Analiza cómo los procesos globales de acumulación primitiva giraron en torno a la explotación de la naturaleza, la colonización y la subordinación de la mujer. Mientras que la colonización cimentó la división internacional del trabajo, la «ama de casa» estructura la división del trabajo doméstico. La familia se construye como «la colonia de los hombrecitos blancos».

(Mies 1986: 103), en la que el sustentador masculino tiene autoridad sobre los demás miembros del hogar. Sin embargo, en las antiguas colonias, las mujeres no podían permitirse ser amas de casa porque su participación en el trabajo asalariado y remunerado contribuía a la supervivencia de la familia y a la extracción de valor del capital global. Aunque estas mujeres trabajaban por un salario, su trabajo estaba infravalorado y, cuando era posible, confinado al espacio "privado" del hogar, como lo demuestra el estudio seminal de Mies sobre las encajeras en la India (Mies 1982). Varios ejemplos contemporáneos ilustran cómo las cadenas de valor globales dependen de la externalización del trabajo a productores informales, a menudo trabajadoras a domicilio (Chen 2012; Mezzadri y Fan 2018). La invisibilización del trabajo de las mujeres sustenta la apropiación del trabajo reproductivo de las mujeres, que es central para el modo de producción capitalista (Federici 2004).

A través de la economía política internacional de lo cotidiano, las académicas feministas han estudiado cómo la construcción del hogar como espacio privado contribuye a su despolitización (Elias y Roberts, 2016). Las feministas rechazan la separación ficticia entre lo público y lo privado, según la cual el hogar se ubica firmemente en la denominada esfera privada: «El hogar no es, ni nunca ha sido, un espacio cerrado y separado de la producción capitalista, sino que existe como un lugar donde el trabajo, la labor y la reproducción social coconstituyen lo cotidiano» (Elias y Rai, 2019: 209).

El hogar es un espacio de producción y reproducción social con relaciones internas de poder y relaciones socioeconómicas externas. El Estado media las relaciones entre los hogares y los mercados globales. Por ejemplo, las disputas entre el gobierno malasio y los países de los que Malasia recibe mano de obra migrante generaron tensiones en la capacidad reproductiva de los hogares malasios de clase media, que dependen de las trabajadoras domésticas migrantes en un contexto de escasa asistencia social pública (Elias y Louth).

2016). Las fronteras de los hogares se extienden a través del espacio a través de la producción global, las cadenas de reproducción y la migración de género (Elias y Rai, 2019). Por ejemplo, los patrones de migración de género impulsados por el régimen laboral colonial en el sur de África, que se estructuró en torno al trabajo masculino en las minas sudafricanas, alejaron a los hombres de sus hogares y llevaron a la formación de hogares encabezados por mujeres en las zonas rurales de

Sudáfrica y los países vecinos; estos hogares encabezados por mujeres sustentaron la reproducción social del régimen de mano de obra barata en Sudáfrica (O'Laughlin, 1998). Los hogares ofrecen una perspectiva para observar las intersecciones entre la dinámica global del capitalismo, el Estado y la vida cotidiana.

Al examinar la literatura reciente sobre los hogares y la financiarización, aprendemos otras ideas importantes sobre el papel de los hogares en el contexto del capitalismo financiarizado. Si bien la crisis financiera de 2008 expuso la fragilidad de los mercados financieros y los sistemas económicos, el impulso hacia una mayor financiarización⁷ continúa. Según Bryan, Martin y Rafferty (2009: 461-2), la financiarización introduce las relaciones capitalistas en el hogar:

La financiarización apunta a la necesidad de enmarcar cada vez más al hogar como una unidad de cálculo financiero, no solo en su funcionamiento interno [...] sino en su rol social más amplio. Los hogares viven la contradicción de ser capitalistas y no capitalistas al mismo tiempo. Económicamente, el hogar no solo consume mercancías y reproduce fuerza de trabajo, sino que también participa en las finanzas, en particular a través de su acceso al crédito, las exigencias del cálculo financiero y la necesidad de autofinanciar el trabajo no asalariado en la vejez.

Cada vez más hogares se ven atraídos a los mercados financieros como inversores y deudores (Roberts, 2016). Con el retroceso del estado de bienestar mediante la imposición de la austeridad, los hogares, especialmente los más pobres, se han visto obligados a acumular deudas para satisfacer sus necesidades. A través del aumento de la deuda inmobiliaria y de consumo, los hogares se han vinculado a los riesgos del mercado a través de las hipotecas, mientras que la presión para aumentar los salarios y garantizar las prestaciones sociales se ha reprimido; este proceso se ha denominado "keynesianismo privatizado" (Crouch, 2008). Los hogares ahora están agobiados por las deudas y asumen riesgos. El fracaso de los mecanismos tradicionales de anclaje de la estabilidad financiera ha colocado a los hogares en una posición central para abordar la escasez de seguridad en los activos financieros mediante la titulización de los pagos de los hogares (Bryan et al., 2009).

A medida que los hogares cubren cada vez más los costos de la reproducción social mediante deuda, Roberts (2016) sostiene que estamos observando un proceso de "financiarización de la reproducción social". Esto puede verse como el desarrollo máximo del largo proceso de la

7. Los debates sobre la financiarización escapan al alcance de este capítulo; sin embargo, una definición simple del concepto puede formularse de la siguiente manera: La financiarización es una expresión de los cambios ocurridos en las relaciones globales de producción, que han hecho rentable para las empresas la acumulación a través de canales financieros (Roberts, 2016).

La privatización de la asistencia social, que comenzó en la era del neoliberalismo, requiere atención a las deudas (Montgomerie y Tepe-Belfrage, 2017). Un endeudamiento elevado e insostenible puede generar tensiones familiares y provocar separaciones y divorcios, eliminando de facto a su anfitrión: el hogar. Este enfoque muestra cómo el hogar puede ser una lente a través de la cual se pueden observar las limitaciones de la financiarización impulsada por la deuda. Esta literatura sugiere que los hogares desempeñan un papel importante en la reproducción de los sistemas financieros, por muy precaria que sea esta reproducción.

Cabe señalar que la literatura sobre hogares y financiarización se centra principalmente en el Norte Global; en el Sur Global, la literatura feminista ha proporcionado análisis profundos de los procesos de inclusión financiera. Por ejemplo, Serena Natile (2020)

Analiza Kenia, un país a la vanguardia de la inclusión financiera digital, especialmente gracias al extraordinario crecimiento de M-Pesa, utilizado actualmente por más del 70% de la población. M-Pesa es una plataforma de dinero móvil que facilita el acceso a servicios financieros a grupos sociales que, debido a la pobreza y otras formas de marginación, enfrentan barreras para acceder a instituciones bancarias formales. De esta manera, se considera una herramienta eficaz para promover el desarrollo inclusivo. En su análisis, Natile problematiza estas afirmaciones y documenta las raíces coloniales de la exclusión financiera de género; también concluye que, si bien M-Pesa facilita el acceso a servicios financieros a mujeres pobres en Kenia, esto en sí mismo es insuficiente para promover la igualdad de género a menos que se enmarque en una política de justicia redistributiva. Previo a la investigación sobre inclusión financiera, de la cual el trabajo de Natile es un ejemplo, existe un importante corpus de trabajos feministas sobre las dinámicas de género que sustentan los programas de microcrédito, dado que estos se han dirigido principalmente a las mujeres. Basándose en una serie de estudios empíricos, Garikipati et al. (2017)

Desmontan las afirmaciones de que las microfinanzas promueven la igualdad de género. En primer lugar, destacan que la evidencia que vincula el acceso al microcrédito con el empoderamiento de las mujeres es débil; en segundo lugar, existen mecanismos de discriminación de género dentro de las iniciativas de microcrédito en cuanto a las condiciones crediticias ofrecidas a mujeres y hombres; finalmente, a pesar de dirigirse a las mujeres, las instituciones de microcrédito operan dentro de relaciones de poder a múltiples niveles, que no se modifican a favor de las mujeres mediante la concesión de pequeños préstamos. Esta investigación es fundamental para las investigaciones sobre la financiarización y su impacto en los hogares del Sur Global, lo cual constituye una importante línea de investigación futura.

5.7 Una conceptualización feminista del hogar

Una conceptualización feminista del hogar se basa en cuatro dimensiones.

1. Los hogares no son unidades autónomas sino que tienen límites difíciles de alcanzar (Kandiyoti 1999); los hogares están conectados a través de relaciones económicas, sociales y culturales, así como por obligaciones en las economías locales y globales.

2. Los hogares están fragmentados internamente, ya que son lugares donde se manifiestan desigualdades y poder. Se reproducen los diferenciales (O'Laughlin 2014).
3. Los hogares cambian con el tiempo, en respuesta a procesos internos y externos de cambio; por lo tanto, los hogares tienen su propio ciclo de desarrollo (Guyer y Peters 1987).
4. Los hogares se comprenden mejor a través de análisis cualitativos y de métodos mixtos, que permiten captar la complejidad y la diversidad en términos de formación y composición de los hogares (Kabeer 1994; Berik 1997).

5.8 Mensajes para llevar

- El hogar es un lugar de especial preocupación para los economistas feministas y los economistas políticos porque es en el hogar, la ficticia “esfera privada”, donde el trabajo (reproductivo) –realizado con mayor frecuencia por mujeres– se vuelve invisible y se devalúa.
- Los hogares son diversos, como lo demuestra una simple mirada a los tamaños y tipologías de los hogares en todo el mundo. El mundo demuestra.

Los economistas tradicionales se interesaron por el hogar porque las decisiones de asignación de consumo y producción se toman en él; sin embargo, se enfrentaron al problema de encajar una unidad colectiva en el marco del individualismo metodológico. Mediante la imposición de supuestos clave, Gary Becker desarrolló la nueva economía del hogar, que extiende la teoría microeconómica al estudio de la familia.

- La NHE teoriza el hogar como una familia nuclear heteronormativa basada en el altruismo del jefe de familia, el comportamiento racional de los miembros del hogar, la maximización de una única función de utilidad del hogar y una división sexual del trabajo que es eficiente porque refleja las diferentes composiciones de mujeres y hombres.
ventaja comparativa
- Las economistas feministas han criticado la teorización del hogar que realiza la NHE en términos conceptuales (por ejemplo, el hogar no es un lugar fundado en el altruismo sino en la desigualdad y el conflicto) y empíricos (por ejemplo, en muchos hogares no se ponen en común los ingresos y el trabajo no es perfectamente sustituible).
- La crítica feminista de los modelos de hogares unitarios ha llevado a un cambio en la teoría económica con el desarrollo de modelos de hogares colectivos; aunque estos modelos arrojan cierta luz sobre los desequilibrios de poder dentro del hogar, su formulación economicista limita su alcance analítico.
- La economía política feminista y la economía política internacional teorizan el hogar como un lugar de reproducción social y, como tal, central para la reproducción social del capitalismo global; en el contexto de la financiarización, los hogares se han vuelto centrales para la extensión de las finanzas a la vida cotidiana.

5.9 Preguntas para discusión

- ¿Cuáles son las principales deficiencias de las conceptualizaciones económicas del hogar?
¿desde una perspectiva feminista?
- ¿Qué motivos subyacen a las decisiones de los miembros del hogar: egoísmo o altruismo?
- ¿Varían las configuraciones del hogar y las relaciones intrafamiliares según el contexto? Analice
con referencia a contextos específicos en el Sur y el Norte Globales.
- ¿Cuáles son los roles de los hogares en el capitalismo globalizado y financierizado?
- ¿Cuál sería tu conceptualización feminista del hogar?

5.10 Recursos

- Discurso de Cheryl Doss, presidenta de la IAFFE, en ASSA 2020: "Difusión y dilución: el poder y los peligros de integrar
perspectivas feministas en la economía doméstica" (57 min). Vídeo de YouTube: www.youtube.com/watch?v=a3uQNSy7vYA.
- Seminario web organizado por el Grupo de Presupuesto de Mujeres del Reino Unido, "El dinero en el
hogar: seguridad social", con Marilyn Howard, Fran Bennett y Monica Costa Dias (59 min.): [https://
wbg.org.uk/events/autumn-winter-webinar-series-money-in-the-hogar-social-security](https://wbg.org.uk/events/autumn-winter-webinar-series-money-in-the-hogar-social-security) .
- Sitio web de la Economía Política Internacional de la Vida Cotidiana (I-PEEL), editado
por James Brassett, Juanita Elias, Lena Rethel y Ben Richardson: <http://i-peel.org>.